



El Año de la Victoria

Así se llamará en nuestra historia el año que ha terminado en el primero de abril de 1940.

En este día del año pasado fué cuando leímos aquel mensaje lacónico: "El Ejército rojo vencido, prisionero y desarmado, nuestras tropas han alcanzado sus últimos objetivos. Ha terminado la guerra."

Cuando leímos ese último parte de guerra, llorábamos de alegría y de emoción y repetíamos el parte saboreando todas sus palabras lapidarias tan rotundas y definitivas.

Lo esperábamos de un momento a otro y aun nos parecía un sueño.

Ya estábamos acostumbrados a aquellas victorias en serie y agolpadas, geniales, siempre sorprendentes del Caudillo que tenía en tensión incesante y creciente nuestra exaltación.

Ya teníamos una confianza absoluta en su genio militar y le veíamos seguro y triunfante en todas las situaciones como si la ferocidad de los rojos y las poderosas ayudas fueran un juguete arrollado y aplastado por la sabiduría y el valor de Franco.

Las célebres bolsas en que se derrumbaban ejércitos enteros; aquellas corridas de Aragón y Cataluña en que no se podía contener a nuestros soldados, reconquistando el suelo patrio como jamás se ha visto... eran leídas con un sobresalto de alegría y de orgullo de sentirnos españoles y de tener un ejército semejante.

Y, sin embargo, el leer: "La guerra ha terminado" nos parecía increíble.

Ya éramos dueños de España, de toda España, hasta del último palmo, como había prometido el Caudillo.

Ya habíamos acabado el martirio de la guerra.

Ya no volveríamos a oír el silbido de la sirena sembrando el pánico.

Ya no vendrían los aviones de los criminales a matarnos, ni se verían las tragedias de los enfermos, de los ni-

fíos, de los ancianos que no podían bajar a los refugios.

Ya estaban en libertad todos nuestros hermanos de la zona roja, los disfrazados, los de las checas, que volverían como resucitados a estrechar en una locura de felicidad a sus familiares.

Y volverían de la guerra los valientes ganadores de la victoria llenos de alegría.

Y volverían a su ritmo fecundo de paz la vida ciudadana, la producción de los campos, la transformación de la industria, las comunicaciones..., el culto, sobre todo, en explosiones de gratitud desbordada al aire libre para inundar el cielo y la tierra.

Y así ha sido el Año de la Victoria.

Año de felicidad patria.

Año de homenajes incesantes al hombre providencial que con su talento, su heroísmo y su perseverancia nos ha dado ese espléndido regalo del último parte, que abre una nueva era.

Homenaje a los incomparables generales que han mandado al Ejército.

Homenaje a todas las tropas de heroísmo inigualable.

Homenaje a todos los servicios que han hecho posible la guerra y la victoria.

Eso eran los desfiles que aplaudía el pueblo con delirio.

Pero sobre todo ha sido homenaje a Jesucristo y a la Virgen del Pilar.

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

Por eso la primera preocupación era celebrar la santa misa ante las tropas victoriosas sobre la tierra recién conquistada.

Por eso el Generalísimo lo expresó así en su fervorosa invocación a la Virgen Santísima del Pilar el día de su fiesta.

Por eso el Gobierno ha llevado a las leyes esa legislación sin ejemplo en lo religioso y en lo social.

Ese ha sido el Año de la Victoria. Año también de reconstrucción febril de tanta ruina; puentes, carre-

teras, ferrocarriles, pueblos... elementos de transporte, iglesias...

Cuando se pueda catalogar todo lo hecho y reparado en este año causará asombro.

¡Cuánto esfuerzo, cuántos millones!

Mayor es aún la organización.

Enorme, increíble para muchos, en el orden religioso.

Sin sindicatos rojos, sin periódicos malos ni propaganda mala, sin maestros laicos, respetado el Cura en la parroquia, con la colaboración de los

maestros, autoridades, organizaciones juveniles y SIN BAILES, las parroquias se transforman de modo sorprendente sobre todo con los catecismos y las obras de Acción Católica.

Justo es que se haya celebrado con el mayor realce el Año de la Victoria.

Es preciso que en esta era de la Victoria y de la Paz vivamos plenamente y de un modo definitivo la vida cristiana.

Felipe Clemente

EL TRIUNFO DE JESÚS

¡Ya murió Jesús!
¡Ya murió el Maestro!
"Todo ha concluido".
Ya triunfó del infierno.

Está en el sepulcro,
cerrado con sello,
y cuidan los guardias
del romano imperio.

Las santas mujeres
allí van sin miedo;
pero al acercarse
se estremece el suelo;

y un ángel de blanco
saluda diciendo:
"Ha resucitado."
No está aquí el Maestro;

mirad el lugar
donde lo pusieron",
y vuelven gozosas
a decirlo a Pedro.

Jesús les alcanza,
les sale al encuentro

y caen de rodillas
con un gozo inmenso.

Cerradas las puertas
están como muertos
los pobres discípulos,
sin fe y sin consuelo.

De pronto aparece
Jesús allí en medio.
"Yo soy, les afirma,
no me tengáis miedo".

Les pide comida,
conversa con ellos,
les sopla su Espíritu...
les deja contentos.

Se van los discípulos
tristes a su pueblo;
arrastran su vida
vestida de duelo.

Se acerca a los dos,
de paso, un Viajero.

"¿Qué tenéis, les dice,
tan tristes, os veo?"

¡Ha muerto Jesús!
¡Todo está ya muerto!
¿No era Él el Mesías?
¡Todo ha sido un sueño!

Dicen que está vivo...
No han logrado verlo...
Cosas de mujeres...
¿Quién puede creerlo?

"Oh, torpes, les dice
aquel Compañero;
así estaba escrito
que entrase en el Cielo".

Y luego en la cena,
el Pan bendiciendo,
se muestra Jesús
patente y sin velo.

Así Jesucristo
se va apareciendo
a Pedro, a los once,
a Tomás incrédulo...

a orillas del mar...;

el Divino Muerto
aparece vivo
en todo momento.

La fe ha revivido.
Lo ven, ya, creyendo.
Ya puede Jesús
dejar este suelo.

Convoca en el Monte
cerca de quinientos,
que miran gozosos
sus llagas, su Cuerpo.

Les manda que enseñen
por el mundo entero
la nueva doctrina
del santo Evangelio;

les bendice a todos,
remonta su vuelo
con gran majestad
y marcha a los Cielos.

Triunfó de la muerte.
Triunfó del infierno.
Ya está con su Padre
por siglos eternos.

Mariano



TRIBUNAL BARATO

—Macario, te veo muy contento hace unos días; no paras de cantar y hablas por los codos.

—No hi habiau nunca por los codos, ni sé que haiga denguno que hable más que con la boca, que ya

es bastante, no le paizca a usté, que algunos u muchos valdría más que aeran mudos; ¡qué descansaus nos quedaríamos! El día que me digan que s'ha güelto mudo mi primo el Mangas, hé de comer hasta que no puá más, aunque me reviente; que mejor que se reviente él.

—¿Has bebido?

—No señor, porque eso no es beber. Unas copas que m'ha dau mi tío y luego unos tragos en casa del Cosca, que eso es presona; aún quería que bebiéramos más y no himos hecho más que gustalo una miaja cada güelta que daba la bota, y por no dispreçialo, y que era cosa güena de verdá...

—Ya te se conoce. Sabes que eso está muy feo...

—Lo menos se piensa usté que mihi emborrachau...

—Tomar una copa no tiene que ver.

—Pues es claro, una copa sola; el Cosca s'apostaba a beber cuatro copas a la vez y ha tirau la metá poncima, qui ha sido una lastima malgastalo de ese modo. Mi primo Ro-

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

Ayuntamiento de Madrid

que lo ha hecho mejor; pa no es- perdicar s'ha llenau un vaso di aguardiente.

—Estás imposible. No he de con- sentir que abuses de la bebida, ni de ninguna cosa.

—Es que pa todo hay, que ha re- suscitau Nuestro Señor y hay qui ale- grase y con ninguna cosa se alegra uno como echándose unos tragos.

—Eres un insensato. Hemos de ale- grarnos con la Resurrección, como que es la alegría de los cielos y la tierra y de todos los siglos; porque es la felicidad asegurada de la vida eterna; alegría grande que lo llena todo; el pensamiento, luminoso y ce- lestial que todo lo embellece y trans- figura; el corazón, que se inflama lle- no de amor y de gratitud al Señor por tanta bondad y generosidad, y vive una vida de exaltación, con un brío desconocido para la virtud y el sacrificio, y se siente inundado de felicidad.

Esta alegría ha de transparentar- se por todo nuestro ser, la hemos de llevar a todas partes. La Iglesia en este tiempo lo expresa con cánticos de gozo y exclamaciones de ¡aleluya! incesantes, que todo lo interrumpen e impregnan de esa alegría celestial.

Justo es que se exprese también en lo exterior y aún en la comida; que el cuerpo, que ha sido compañero en el dolor y la penitencia, lo sea en la alegría y el placer; pero siempre santamente, sin profanar ese gozo santo.

—Eso digo yo; alegrase uno, qui ha resucitau Nuestro Señor, tanto como ha padecido por nosotros; y ahura alegramos de que esté en el Cielo; y ya pa siempre, pa to la vida.

—Sí, hijo mío, sí; para siempre en el cielo; y ese es nuestro consuelo y nuestra seguridad: tener a Jesús, nuestro Salvador en los Cielos, el Se- ñor, el Amo de los Cielos y la Tie- rra...

—Por eso alegrase uno, también pa siempre, y que no haiga más Cuares- ma, que ya no se morirá más Nues- tro Señor. Miusté, ya s'ha pasau la Cuaresma pa siempre; ahura a comer bien y a pasalo lo mejor que poda- mos... y fuera penas...

—Hijo mío, eres un desgraciado. Esta vida no es para gozar, sino para merecer la vida eterna. En el Cielo es donde se goza más de lo que po- demos soñar y para siempre. Los san- tos son los que han ambicionado de veras el Cielo. S. Pablo nos dice que "seremos arrebatados a los aires y así estaremos siempre con el Señor". Es- tos días que dura el tiempo pascual son muy a propósito para pensar en la gloria y tener grandes deseos de conseguirla y tener un grande afán de pureza y santidad.

Son días, además, de una gran emoción para las almas espirituales. Jesús, en estos cuarenta días, dió al

mundo, y sobre todo a los apóstoles. un curso de Presencia Divina. Ya había conseguido que creyeran en El; ya le reconocían como Mesías e Hijo de Dios, pero le habían de ver con los ojos. Cuando no le veían le juzgaban ausente, y cuando le vieron morir se creyeron perdidos. Jesús se aparece frecuentemente después de su Resu- rrección, en las más diversas circuns- tancias, para darles la sensación de su presencia invisible en todo lugar y momento. Es como la madre que en- saya al niño a que ande solo y le suelta, pero no le deja; si el niño va a caer encuentra siempre la mano amorosa de la madre que le seguía y le sostiene. Jesús nos prometió que estaría con nosotros hasta la consu- mación de los siglos; y así está en la Eucaristía, pero está más aún con su Espíritu inmenso que todo lo lle- na, con el Padre y el Espíritu San- to; y quiere que le veamos siempre con nosotros, como una luz que pe- netra en el fondo de nuestro pensa- miento, como un amor que llega a lo íntimo del corazón, como un am- biente que nos rodea por todas par- tes, mejor aún, según aquella frase hermosísima de S. Pablo y que des- conocen casi todos los cristianos: "En El vivimos, nos movemos y so- mos".

—Lo que semos, eso mismo digo yo; que pa lo que semos, alegrase uno lo que pueda, sin hacer mal a naide...

Tilín, tilín...

—Anda a abrir, que contigo no se puede.

—¿Se pué pasar?

—¡Adelante!

—Mu güenos días tenga usted, señor Mago.

—Buenos días nos dé Dios a to- dos.

—Eso mesmo, lo primero Dios y la Virgen del Pilar. Es quimos venio a ver a la Virgen y himos visto las pro- secciones y too; lo himos visto too, ques lo que hay que ver.

—¿Habéis venido con alguna pere- grinación?

—No señor; ahura himos venio yo y éste pa ver la prosección, que ha sido cosa maja.

—¿Verdá, señor Mago, que no hay otra en España?

—Nosotros hemos de hacer todo lo mejor que podamos y los demás que hagan también lo mismo.

—¿Y el Pilar? No hay iglesia más hermosa. ¡Miaque l'han puesto maja! Paice mentira, que lo habían batido too, y ahura tan majo como está too. Pues aguarte cuando lo vea el Josecico; miá pues la agüela, que siempre está en misa, cuando vea es- to, que paice el cielo, con esas lumi- narias y esos santos y todo di oro...

—Himos dicho yo y este, himos dir a ver al señor Mago, que nos ha gus-

tau muchísimo todo. ¡Cuánta reli- gión hay en Zaragoza!

—¿Y en vuestro pueblo?

—Miuste, las drechas van ahura a todo lo que hay; van a misa y a con- fesasen y mandan los chicos a la otrina; las izquierdas van más que denantes; denantes no iban nunca; pero aún están tiesas; y las drechas no los puén ver; así que hay muchos rencores.

—Mirad: me alegro que hayáis to- cado este punto porque es mal muy general. Se comprende que los que han perdido a los suyos asesinados por los rojos, o han muerto en la guerra, o se han arruinado, o han padecido el martirio continuo de la tiranía roja, sientan una repulsión instintiva en presencia de los que les han causado tanta desgracia y pidan el castigo merecido para todos los culpables; se explica que muchos se dejen llevar de la pasión y pidan venganza y sientan odio a sus enemi- gos y pidan su exterminio y les de- seen toda clase de males.

—Eso no está bien entre cristia- nos; hay que perdonar si queremos que Dios nos perdone; eso le digo yo a Blas; mira que el rencor no den- tra en el cielo.

—Pues miusté, yo le digo siempre a éste; que por eso están las izquier- das tan tiesas; porque dicen que hay que perdonar, que Jesucristo también perdonó a sus enemigos...

—Ellos son los que menos pueden invocar la doctrina de Jesucristo que han perseguido a muerte; los que menos pueden hablar de perdón por- que ellos han asesinado sin piedad y sin culpa y sin proceso, por el pla- cer de matar; y han hecho sin reparo y con alarde las más grandes abomi- naciones. Ellos no saben nada de Je- sucristo y la mayor parte de los cr- istianos están desorientados en este punto. Unos creen que es preciso aca- bar con ellos sin consideración nin- guna, para escarmiento y para se- guridad de la sociedad; otros creen que es preciso perdonar y hay que olvidarlo todo. Ha sido necesario que el mismo Papa hablase y ha dado la fórmula exacta, como siempre: "cas- tigo para el crimen, benignidad para los equivocados". Esa ha sido siempre la doctrina de la Iglesia y la de todo poder constituido y moral.

—Tiene usted razón.

EL MAGO

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Mayor, 6, 2.ª dcha.—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

De	1 ejemplar de cada número, al año	2.º
2	"	3.00
3	"	3.75
4	"	4.50
5	"	5.00
10	"	10.00
15	"	12.50
20	"	15.00
25	"	16.50
30	"	18.00
50	"	25.00
100	"	45.00

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

Ayuntamiento de Madrid

UNA MIRADA A LA TIERRA

EL CICLO DE LOS VIVIENTES

No vamos a contemplar el complejo maravilloso de la vida, que iremos mirando en detalle; ni el conjunto en síntesis que todo lo abarque con su grandeza sorprendente. Hemos visto en el último número el principio de la vida encerrado en el estuche primoroso e incomprensible de la semilla. Vamos a dar un vistazo al fin; no para contemplar la muerte, sino para observar el ciclo armonioso de la vida, el encadenamiento maravilloso del fin con el principio, en el aprovechamiento de los materiales del ser vivo.

Desde el momento que comienza a desarrollarse el germen estamos en presencia de una evolución estupenda, contemplamos una serie continua de transformaciones en que vamos de asombro en asombro, en las cuales el viviente—la planta, por ejemplo—va creciendo y cambiando y adquiriendo nuevos órganos, y todo con una constancia y seguridad absoluta y con una perfección y belleza insuperables.

Para ese crecimiento y transformación adquiere los materiales de la tierra, el agua y el aire y así va viviendo, a costa de esos elementos, de los cuales utiliza lo que necesita y elimina lo inútil.

Así vemos que las plantas pierden las hojas totalmente al llegar el otoño, exhibiendo el esqueleto triste de sus ramas desnudas y estériles en el invierno. Los demás árboles pierden también la hoja aunque no toda simultáneamente, sino que la renuevan poco a poco sin quedar desnudos. Pierden también ramas que se secan, corteza, frutos y flores que caen, etcétera.

Si observamos a los animales veremos lo mismo; captan del exterior los elementos que necesitan en forma de alimento o bebida y en la respiración, eliminando y expulsando al exterior lo que es inservible.

Si consideramos lo que el hombre alcanza veremos el esmero con que escoge las materias primas para la producción; maderas, cueros, fibras textiles, caliza, arcillas, cementos, carbón, minerales, metales, etc., para lograr la buena calidad de sus productos; y así obtiene, con métodos adecuados, excelente calzado, vestidos, construcciones, hierros, aceros, maquinaria, vehículos, barcos, puentes, etc.

Cuando faltan esas primeras materias el producto desmerece. Carecemos de pasta de papel y se resiente la calidad de éste y así en todo.

Pero en esa evolución del producto, en el ciclo productor, hay muchas cosas inútiles y que el fabricante o artesano tira y que constituyen una

preocupación grave. La marcha continua de la producción origina un impedimento serio con la eliminación y acumulación de esos desechos. El gerente y el ingeniero salvan una industria si logran dar salida en el mercado de esos desperdicios, sea como combustible, como alimento para el ganado, como elemento de construcción, como abono... Cuando eso no se logra tenemos el problema de las aguas de las industrias que hacen insalubres las del río donde desaguan y esterilizan las tierras de labor; las escorias que se amontonan sin medida o que amenazan obstruir el río... Las escorias, las basuras, el humo, el polvo, las cenizas... un estorbo, un daño y una preocupación del productor.

¿Qué diríamos si un fabricante recogiese esos detritus y pretendiese utilizarlos en la fabricación de sus más finos productos?

Esa locura, ese alarde de poder es el que vemos de continuo en el ciclo de los vivientes.

Esas hojas secas de otoño; las hojas que ha quemado el sol o la helada o los parásitos, todo eso que no ha podido sostener ni resistir la vida y quedó muerto al pie del árbol, constituye una capa vegetal de alimento insuperable, el mantillo de los bosques; esas deyecciones de los animales, sucias y repugnantes de las cuádras, de los apriscos, de los gallineros y palomares, las mismas letrinas del hombre, son abono inmejorable para el campo. En medio de esa suciedad crecen exuberantes las ricas hortalizas de nuestras huertas; con esos desechos repugnantes se desarrollan las deliciosas frutas con sus exquisitos aromas y jugo de almibar; de esa corrupción es de donde salen esas flores hermosísimas de matices tan delicados, de finura estremada que se marchitan al tocarlas; de allí se fabrican esos perfumes embriagadores de los jardines, bosques y montes. De un montón de estiércol brota un rosal precioso o una mata de tomates. Donde han enterrado un perro o un asno allí crece el trigo con una pujanza asombrosa.

Los desperdicios, lo más repugnante es lo que reanuda el ciclo de la producción, es —en un alarde de poder— lo adecuado y necesario para todas las maravillas del mundo vegetal y para la misma alimentación.

¿Quién podría aguantar tanta hediondez sin utilización posible?

Esa acumulación sin medida de los vegetales y animales de toda especie convertiría en un estercolero o una cloaca el lugar ocupado por los vivientes, agotando así su utilización y

degradando el terreno que ocupasen; tendrían que trasladarse en cada generación o en corto período a otro lugar de substancias intactas, gastando así la tierra, que iría emponzoñándose hasta hacerla inutilizable, irrespirable e inhabitables. La solución ha sido lo más estupendo que se podría soñar; una vitalidad y hermosura siempre renovada sacando de lo muerto e infecto los principios más aptos de la vida!

Juan de la Cruz

PALABRAS DEL PAPA

Tampoco está prohibido a los que se dedican a la producción de bienes aumentar su fortuna justamente; antes es equitativo que el que sirva a la comunidad y aumenta su riqueza, se aprovecha asimismo del crecimiento del bien común conforme a su condición con tal que se guarde el respeto debido a las leyes de Dios, queden ileso los derechos de los demás, y en el uso de los bienes se sigan las normas de la fe y de la recta razón. Si todos, en todas partes y siempre observaran esta ley, pronto volverían a los límites de la equidad y de la justa distribución no solamente la producción y adquisición de las riquezas, sino también el consumo de las riquezas, que hoy, con frecuencia, tan desordenado se nos ofrece.

(Encíclica "Quadragesimo" del Papa Pío XI).

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

SUSCRIPTORES QUE ATENDIENDO NUESTRO DESEO, NOS HAN ENVIADO EL PAGO DE SU SUSCRIPCION CON SOBRE PRECIO:

Dña Gregoria Llop, Fabara.—Señorita Angeles Soler, Ayerbe.—Dña Elena Ramos, Madrid.—Superiora del Hospital, Magallón.—Hermanas de la Caridad de Santa Ana (Colegio), Allo.—Dña María Calvo, Aineito.—Dña María Santolaya, Villar del Río.—Dña Inés Velasco, Gorderjuela.—Dña Elena Otaola, Gorderjuela.—Don Felipe Elzaguirre, Gorderjuela.—Señorita Angeles Mariani, Victoria.—Dña María Luisa Bravo, Gorderjuela.—Don Esteban P. Rodríguez, Lagueruela.—Dña Dolores Ijazo, Vda. de Blasco, Zaragoza.—Dña Verisima Zabal, Carcastillo.

Fip, EL NOTICIERO. Coso. núm. 79

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.

Ayuntamiento de Madrid